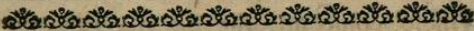


bienhechores. Aceptad, Señor, su sacrificio como un olor de suavidad en vuestra presencia. Hacedle en fin puro, casto, inmaculado, digno ministro de vuestros altares, é instrumento de la salud y resurreccion de las almas. Amen.



EXHORTACION

AD FRATRES

para cerrar la visita del superior hecha en el convento de S. Antonio Abad de Granada año de 1774.

Fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis: hæc enim facientes non peccabitis aliquando. II. Petr.

I. 10.

A los religiosos legos y coristas.

Carísimos hermanos míos, aunque siempre fue tenida en mas la perfeccion de Moysés cuando oraba sobre el monte, sosteniéndole los brazos Aaron y Hur, que la de Josué que combatia al

mismo tiempo contra los enemigos del pueblo de Dios; y aunque el mismo Jesucristo declaró por mas sublime la ocupacion de María postrada á sus sagrados pies, que la solitud de Marta en proporcionarle hospedage y sustento corporal; no obstante la iglesia primitiva, digno modelo de la perfeccion cristiana, nos da pruebas nada equívocas del aprecio que hace del ministerio de VV. CC. El Señor, que es la benignidad por naturaleza, que no dexa sin premio un vaso de agua fria dada á sus siervos en su nombre, ni el hospedage hecho á sus profetas, ni la limosna dada al mas mínimo de los hombres, antes sí acepta estos dones como recibidos en sí mismo; ¿cómo no apreciará el ministerio de VV. CC. aunque tan inferior al de los sacerdotes, como el de Marta al de María?

Los apóstoles para administracion de lo temporal eligieron siete diáconos, hombres llenos de santidad, de

sabiduría y de prudencia. S. Pablo y S. Bernabé recogieron limosnas en Antioquía para los fieles de Jerusalem. Creciendo despues el número de los discípulos, y siendo mucha la mies, y pocos los operarios, les dixeron los apóstoles: no es justo que dexemos nosotros la palabra de Dios, y que sirvamos á la mesa; escoged pues de entre vosotros mismos siete varones de buena reputacion, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, á los cuales encargaremos esta ocupacion mientras nosotros nos aplicamos enteramente á la oracion y administracion de la palabra. Empleo recomendable, que obtuvo en Jerusalem el proto-mártir de la iglesia Estéban, y S. Lorenzo posteriormente en Roma.

No de otra suerte en las sagradas religiones fundadas sobre el modelo de la antigua disciplina y perfeccion evangélica, se dividen los ejercicios de la vida activa y contemplativa, para que mientras los sacerdotes se

emplean en la oracion, en el culto de Dios y en solicitar la salud espiritual de los próximos por medio del estudio, del púlpito y del confesonario, los hermanos no sacerdotes, principalmente los legos, trabajen loable y exáctamente en los ministerios humildes de lo temporal, como en la cocina, por exemplo, en el refectorio, en la limpieza y aseo de la casa, en el toque de campanas, como asimismo en la recoleccion de frutos, ya provengan de labores, ya de limosnas y demandas, para representar cabalmente entre unos y otros el ministerio de Marta y de María; es decir, la vida activa y contemplativa, sin confusion, molestia ni desórden. Por este medio los hermanos mismos de la vida activa concurren, cuanto es de su parte, á los ejercicios de la contemplativa. Como Saulo guardando la ropa de los que apedreaban á S. Estéban, estaba en las manos de todos, segun la reflexion de S. Agustin; asi

tambien los hermanos que recogen limosna, que sirven y procuran la subsistencia de los religiosos del coro, que meditan, enseñan y sacrifican, cooperan en cierto modo á los mismos sagrados ministerios.

¡Qué de santos no han florecido en este género de vida en nuestra sagrada religion! S. Diego de Alcalá, S. Pascual Bailon, S. Serafin de Montegranario, S. Felix de Cantalicio, san Benito de Palermo, omitiendo por ahora otros innumerables, á pesar de su inferior estado de legos, fueron vivos exemplos de perfeccion, y algunos de ellos maestros de novicios, y aun prelados celosísimos; ni son inferiores en mérito á los mayores santos de la orden y de la iglesia. Estos son aquellos párvulos del evangelio, á quienes Jesucristo reveló sus secretos, ocultos á los sabios y prudentes del siglo. Estos son los pequeñuelos humildes, que dixo ser los mayores en el reino de los cielos. Con estos

tiene su mas gustoso trato; á estos honra y distingue aquel Dios, que siendo Sabiduría eterna y suprema Magistad, vino á enseñar á los mortales, no acciones ruidosas, magníficas y admirables, no á criar mundos, gobernar imperios, obrar maravillas ostentosas, sino á ser humildes y mansos de corazon. La humildad y la sencillez son el imán y las delicias del Soberano de la gloria.

Tal es, carísimos hermanos, la doctrina, tales los exemplos que debéis seguir en vuestras operaciones. El supremo Señor de cielos y tierra no vino á ser servido, sino á servir. Por eso quiso que los prelados se llamasen no rara vez ministros; es decir, *siervos*, no amos ni señores. Aun el mismo soberano pontífice, vicario de Jesucristo en la tierra, no se desdén del tratamiento de *siervo de los siervos de Dios*, poniéndolo entre sus mas honrosos títulos. ¿Qué mas? Los ángeles que asisten al trono del Altísimo, ¿no

son siervos suyos, y tambien ministros y siervos de los hombres, como lo fue S. Rafael del jóven Tobías? ¿Por qué pues tendreis en poco vuestro estado humilde? ¿ó quién se atreverá á despreciar un ministerio que la iglesia ha honrado, que han exercitado grandes santos, y aun sublimes inteligencias, y lo que es mas, segun la reflexion de S. Bernardo, el mismo Hijo de Dios hecho Hombre? *Humiliavit semetipsum.... formam servi accipiens.... Non veni ministrari, sed ministrare.*

La misma observacion deben hacer los hermanos novicios y coristas para no extrañar los ministerios humildes en que á veces se ocupan; antes bien deben mirarlos como empleos muy propios de la sociedad religiosa. Este es el yugo suave que puso Jesucristo sobre nuestros hombres. La caridad tan recomendada en el mismo tratamiento que les da la religion es la que suaviza esta carga, y la que hace ligero el peso de tanto

trabajo. No hay que desdenarse, hermanos míos, de un tratamiento tan honorífico; porque la caridad es la reyna de las virtudes, el valor de los méritos, la marca de la ley de gracia y de los predestinados. Lo que es mas, el mismo Dios es Caridad, y se distingue con este título, segun el apóstol S. Juan. La caridad pues, la humildad y la mansedumbre forman el yugo suave de Jesucristo, y hacen la divisa de nuestros hermanos muy amados, tanto legos como coristas.

Bonum est homini si tulerit jugum ab adolescentia sua, dice el profeta. Desde la primera edad debemos acostumbrarnos á este yugo, llevándolo con gusto y resignacion, para que no nos parezca duro ni molesto. El yugo de la religion, llevado desde luego con obediencia humilde, con alegría de espíritu, con amor y caridad, es suave, es apacible, es deleitable, y hace cierta y perfecta nuestra voca-

cion, con edificacion de los pueblos y considerables ventajas del santuario.

¡Cuán malo es y pernicioso por el contrario rehusar este yugo ó sacudirle, como novillos indómitos ó fieras silvestres, impacientes de correccion y disciplina! De aqui proviene, hermanos míos, la ruina del estado religioso. Jóvenes sin modestia, sin humildad, sin sufrimiento, sin respeto á los mayores, sin subordinacion á los prelados ni á los oficiales, ¿cómo serán en lo sucesivo buenos religiosos, verdaderos obedientes, súbditos exemplares? La educacion de los jóvenes es el primer cimiento no solo de la vida religiosa, sino tambien de toda sociedad y república bien ordenada. Las costumbres de la primera edad duran hasta la vejez, segun el oráculo del Espíritu Santo. Si la experiencia dicta que tal vez un jóven bien educado, por la inconstancia del corazon humano y por los malos exemplos degenera en la edad posterior, ¿qué será

de aquellos que estan pervertidos desde su infancia? Si el edificio flaquea desde el cimiento, ¿cómo será permanente? Si el árbol está infecto desde su raíz, ¿cómo producirá frutos saludables?

Deben, es verdad, aplicarse tambien al estudio. Un siervo de talento debe hacerle producir; seria criminal tenerle ocioso con pereza; ni le serviria de excusa esconderlo con afectada humildad. No crió Dios la luz para que estuviese oculta, sino para colocarla sobre el candelero, y que iluminase á los de su santa casa. La vida sin doctrina, dice S. Isidoro, hace al hombre inútil. Es menester la ciencia para solicitar en adelante con aprovechamiento la salud de los próximos. Seria tentar á Dios temerariamente no procurar adquirirla, y esperarla infusa á beneficio de la sociedad.

Pero ¿de qué os serviria, hermanos míos, la ciencia que infla, sin la caridad que edifica? Seria un vano

oropél, un sonido inútil, una sabiduría detestable. Luzbél y sus secuaces, perdida la caridad, la humildad, la obediencia, la sujecion al Criador, á pesar de todas sus luces, no son mas que espíritus rebeldes y abominables criaturas, reservadas á las cadenas y miseria eterna en medio de espesísimas tinieblas. Adán asimismo, desobedeciendo al Superior con espíritu de soberbia y con afectacion de saber mucho, vino á ser comparable á los jumentos mas estóldos, esclavo del demonio y enemigo de Dios con toda su posteridad. ¿No os parece suficiente desengaño de lo que es la ciencia sin subordinacion, sin obediencia, sin caridad, sin modestia y sin humildad? No os dexeis pues deslumbrar de vanas sugestiones y de exemplos malignos. Obedeced á vuestros superiores; estadles rendidos y sumisos, segun el precepto del apóstol, no solo por temor del castigo, sino por principios de conciencia. Aprended á ser

humildes y mansos de corazón, á tener amor á Dios y al próximo, y á llevar este yugo desde vuestra adolescencia: yugo verdaderamente ligero y suave, que solo es pesado, duro é intolerable para los soberbios, que se han propuesto sacudir todo yugo, y que han dicho en su interior con resolucion diabólica: *non serviam.*

Ni os debeis contentar, hermanos míos, con ser rendidos y obedientes á los prelados, oficiales y maestros, sino que tambien debeis respetar á los mayores, y tener suma reverencia á todos los sacerdotes, á imitacion de N. S. P. S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura que solia decir: si encontrára en el camino á un pobre sacerdote y á un ángel del cielo, ó á cualquiera otro santo que no fuera sacerdote, aunque fuese á S. Juan Bautista, primero hincaria la rodilla al sacerdote, le besaria la mano, y le haria mas reverencia que al santo ni al ángel. Imitad, os ruego, tan

celestial exemplo y doctrina: *et non peccabitis aliquando.*

EXHORTACION á la comunidad.

Tres principales obligaciones hallo en VV. PP. RR., correspondientes á otros tantos títulos que los distinguen. Tales son el de cristianos, el de religiosos y el de sacerdotes, que debemos representar irreprehensibles toda nuestra vida para edificacion de nuestros hermanos. Pero no nos detengamos en exórdios. El asunto es fecundo y de suma importancia. Entremos desde luego en la materia, individuando lo que corresponde á cada uno de los tres títulos.

La primera obligacion que tenemos es la de cristianos, y toda la ley se reduce á la caridad: *plenitudo legis est dilectio.* Este es el carácter que

distingue á la ley de gracia de la escrita y natural. Admirábase un sabio escritor de nuestro siglo de que todo el celo y vehemencia de los prelados en los capítulos y exhortaciones recayese siempre sobre la observancia exterior, y nunca ó rara vez sobre la caridad, que es el fondo de la vida cristiana. Los judíos se mostraban muy celosos de las ceremonias y culto externo; pero como no habia en ellos caridad, dice S. Juan Crisóstomo, sino envidia é infracciones del primero y gran precepto del decálogo, tenían siempre á Dios en la boca, *templum Domini, templum Domini*, le honraban con sus labios, procuraban el culto exterior; pero su corazón iba muy distante de sus palabras, porque ni tenían caridad, ni amor á Dios ni al próximo.

Por esto nos dice Jesucristo, que si nuestra justicia no se aventaja á la de los escribas y fariseos, no entraremos en el reino de los cielos. ¿Y

qué justicia era la de aquellos? La vana observancia de las ceremonias, el celo de las falsas tradiciones, con olvido de la ley de Dios, solicitar los honores y preeminencias, las cátedras y aplausos de los pueblos, hacer delito capital si los apóstoles se lavan ó no cuando comen, si Jesucristo cura en sábado, si comunica á los pecadores, si recibe obsequio de los publicanos; en una palabra, la justicia farisáica consistia en calumniar la inocencia con pretexto de celar la religion.

Por el contrario la justicia cristiana se reduce toda al amor de Dios y del próximo. Dar culto al Señor en espíritu y verdad; no hacer al próximo lo que nadie quisiera se hiciese consigo mismo; amar hasta los enemigos, y hacerlos bien; orar por los que nos persiguen y calumnian, hé aqui los caracteres de la justicia cristiana: *hac mando vobis ut diligatis invicem*. Esta es la doctrina que Jesucristo nos dexó

como en testamento, y la que nos recomendó especialmente su discípulo amado, reduciendo todos sus preceptos á estas dos palabras: *amaos unos á otros*; porque como dixo S. Agustin, no puede tener concordia con Cristo el que tenga discordia con el cristiano. El fruto de esta caridad es la paz, la sinceridad, la humildad interior, no puramente externa, afectada é hipócrita, con soberbia farisáica y luciferina, ó con piel de oveja é interior de lobo.

¡Bella religion, dice un venerable, la de los escribas y fariseos! Para celebrar con mas solemnidad la víspera del sábado, rogaron á Pilatos se quebrasen las piernas á los crucificados. Tormento inhumano y gravísimo. Tal es la religion de los hipócritas. Creen hacer obsequio á Dios con las mayores injurias del próximo. Los mismos judíos no quisieron entrar en el pretorio por no mancharse. Gran pureza la de estos escrupulosos, al tiempo mis-

mo que tenian ensangrentadas sus manos con la del Cordero de Dios. Le acusan con falsos testimonios, llamándole blasfemo, endemoniado, infractor de la ley y rebelde al César, y sedicioso; le ofenden con las mas atroces injurias, posponiéndole á Barrabás; le insultan inhumana y sacrílegamente, negando su divinidad; y al mismo tiempo hacen escrúpulo de una ceremonia legal.

No de otra suerte los falsos cristianos suelen ser cuidadosos de algunas pequeñas observancias, sin hacer escrúpulo de quebrantar los mas graves preceptos. Habia cegado á los fariseos su malicia; y los falsos cristianos son ciegos como aquellos; y guias de otros ciegos, no ven como ellos las vigas y camellos en sus propios ojos, y abultan en los del próximo los mas pequeños átomos. Habian aquellos trastornado todas las ideas, y estos llaman bien al mal, y mal al bien, dando nombres ignomi-

niosos á las virtudes, y títulos honoríficos á los vicios; de donde resulta, que los simples, los superficiales, los mal afectos, atendiendo mas al nombre que al fondo de las cosas, vienen á detestar la virtud y canonizar el vicio.

No os dexéis pues deslumbrar, hermanos míos, de este celo farisáico, de este fermento de maldad. Por los frutos podeis conocer cuál es la hipocresía farisáica, y cuál la sinceridad cristiana. El fruto del verdadero espíritu es la caridad, la benignidad, la paz y las demas virtudes que numera el apóstol; y para que distingamos esta caridad de la hipocresía y falso celo, le describe con los siguientes caractéres. La caridad, nos dice, es paciente, es benigna, no tiene emulacion, no obra en vano, no se infla, no es ambiciosa, no se irrita, no piensa lo malo, no se alegra de la iniquidad, se regocija de la verdad, todo lo padece, todo lo cree,

todo lo espera, todo lo sufre. ¡Ah! no nos engañemos, hermanos míos, Dios no será burlado. No aprendamos por luz las que son tinieblas. Aprendamos á ser buenos cristianos, humildes y caritativos, para corresponder á nuestra vocacion de perfectos religiosos.

No hay religion donde falta el amor y caridad. Si alguno juzga que es religioso, dice Santiago, sin refrenar su lengua, la religion de éste es vana. ¿De qué sirven las oraciones y ayunos, si nuestras bocas y gargantas son sepulcros del próximo, dice san Juan Crisóstomo? Guardaos, decia el apóstol á los gálatas, de morderos unos á otros, no sea que mutuamente os consumais. Pero gracias á Dios, hablo á un cuerpo de notoria religiosidad y de mucha edificacion para el pueblo; á un cuerpo, repito, donde la mayor parte de sus individuos son exemplares, proceden con honor y modestia religiosa, son fieles deposi-

tarios y executores de sus sanas máximas de la moral cristiana; sostienen con su exemplo y doctrina el edificio de la religion, á pesar de los esfuerzos de algunos díscolos, que conspiran segun parece á su ruina.

La vida religiosa es un estado de perfeccion, y el vínculo de ésta es la caridad, como dice S. Pablo. Sobre este fundamento estriba todo el edificio de la religion, que substancialmente consiste en la observancia de los tres votos. El de obediencia, por el cual renunciando el religioso su propia voluntad, se conforma humildemente con la del superior. Esta obediencia no ha de ser puramente externa, sino interior, de la voluntad y del alma, en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios ni á la regla. No ha de tener los voluntarios límites que le prescriba el amor propio, el apetito desordenado, el juicio apasionado de los súbditos ignorantes, rebeldes ó presuntuosos. No ha de tener por norma las

opiniones laxás del probabilismo, ni de los casuistas relajados. Las santas escrituras, los sagrados cánones, las definiciones de los concilios, las constituciones apostólicas, las reglas y exemplo de los fundadores y patriarcas, la doctrina de los santos padres y varones ascéticos, hé aquí las guías y modelos de la obediencia religiosa; estos son los límites que pusieron nuestros mayores, los cuales no es lícito traspasar. Todo aquello que no se opone á la ley de Dios y á la regla es materia necesaria de la obediencia religiosa. En lo dudoso debe prevalecer el dictámen del prelado, porque es justo que el súbdito, el enfermo, el reo se conformen con la cabeza, con el juez y con el médico.

Seria nunca acabar si quisiese insertar aquí las autoridades de los padres y patriarcas de las religiones que hablan á favor de la obediencia. Extractaré algunas brevemente. Conviene, dice S. Gerónimo, obedecer á

los mayores y ser sumisos á los pre-
lados para no errar por presuncion.
S. Bernardo se quejaba en su tiempo
de que la relaxacion de algunos súb-
ditos habia llegado al extremo de ser
menester que el superior se conformase
con ellos. Omito lo que sobre el asunto
nos dixeron S. Basilio, S. Benito, san
Buenaventura y otros varones espiri-
tuales, que conspiran uniformes á que
no es la propia voluntad del súbdito la
norma de sus operaciones, en atención
á haberse negado á sí mismo cuando
profesó. Y este es el sacrificio mas agra-
dable que podemos ofrecer á Dios, se-
gun aquella sentencia de Samuél, que
afirma ser mejor la obediencia que la
víctima. Por ignorar esto Saúl perdió
el reino y cayó en tantas miserias.
Cuánta sea la dignidad de la obediencia
se conoce, dice un venerable escri-
tor, en que Dios puso en ella toda la
suma de nuestra felicidad cuando
mandó á nuestros primeros padres no
comiesen la fruta de cierto árbol. Ella

por sí parecia inocente; pero una vez
prohibida por la obediencia, se hizo
sumamente perjudicial. En la desobe-
diencia pues consistió la perdicion del
hombre, y en la obediencia su repara-
cion, segun el apóstol.

Tanto quiso Dios honrar la autori-
dad de los superiores, que al mandato
de Josué suspendió milagrosamente las
leyes de la naturaleza: detuvo el sol
y la luna; y no solo obedeció lo in-
sensible y lo mas sublime del cielo,
sino que la sagrada escritura dice
con hipérbole, que el mismo Dios
obedeció á la voz de un hombre. ¿Qué
mucho pues diga el Señor: el que os
oye me oye, el que os desprecia me
desprecia? ¿Qué mucho mirase Dios
como injurias propias las desobediencias
contra Moisés y Samuél? La au-
toridad del Señor resplandece en la
voz del prelado, como en un intér-
prete de su divina voluntad. Él es el
ángel de quien dice Malaquías: ob-
sérvalo y oye su voz. En una pala-

bra, es imagen de Dios, y el que no le escucha ó le desprecia es reo de desobediencia y menosprecio del Señor.

Ni basta alegar por pretexto que el superior es díscolo, pues S. Pedro y S. Pablo mandan que se les obedezca no obstante. Porque como en la moneda pública basta el sello del príncipe para que se respete su valor, sin embargo de la diferencia de metales; del mismo modo, aunque no sean iguales los méritos de los prelados, su autoridad siempre es la misma: y así lo tiene definido la iglesia en el concilio de Constanza contra los errores de Wiclef y de Juan Hus.

Pero no limitemos nuestra exhortación á la observancia del voto de obediencia: digamos siquiera dos palabras de la castidad y pobreza. La castidad no solo nos obliga por el precepto del decálogo, sino también por el voto anexo al orden sacro y á la profesión religiosa. Tan estrechos

vínculos nos ligan á esta preciosa virtud. Dios quería fuesen muy puros los sacerdotes de la ley antigua y los que habían de usar los panes de la proposición. Para guardar el maná quiso el Señor se hiciese un vaso nuevo de oro purísimo y un arca de madera incorruptible. Finalmente manda en el levítico, que el que estando inmundo se acercase á las cosas santificadas perezca delante del Señor.

Si esto sucedía en la ley antigua, sombra solo y figura de la ley de gracia, ¿con cuánta mayor razón ahora que tocamos diariamente con nuestras manos el verdadero Maná, el legítimo Cordero, el Pan de los ángeles en el Sacramento de nuestros altares? Si todos los fieles como templos vivos de Dios y miembros de Jesucristo según el apóstol, deben ser puros, ¿cuánto más los que por tantos títulos y con vínculos tan estrechos de sacerdotes y religiosos estamos tan particularmente obligados á la castidad? Porque

un levita llamado Oza tuvo el atrevimiento de extender su mano para sostener el arca del testamento fue castigado de muerte. ¿Qué ofensa de Dios no sería tratar su Cuerpo sacratísimo con manos sacrílegas, torpes y deshonestas?

Pero no perdamos de vista el voto de la pobreza, tan esencial á un religioso, y tan recomendable por nuestro padre seráfico. El que no renunciáre de todo lo que posee, no puede ser mi discípulo, dice Jesucristo. Esta renuncia, que en cuanto al espíritu comprehende á todo fiel cristiano que desea salvarse, es característica del religioso, el cual por un voto solemne de los que constituyen religion, renuncia no solo espiritual, sino real y efectivamente de todos sus derechos en manos de su prelado; y si alguna cosa ha de usar, debe ser al arbitrio de éste: todo á fin de ocuparse únicamente en el servicio de Dios y ministerio de las almas. Es-

te es el medio que inspira la Providencia á sus siervos, para que sin tener nada lo posean todo, segun la expresion de la escritura. Jesucristo llama bienaventurados á los pobres de espíritu; pobreza que obra dos milagros en el mundo: el primero consiste en hacer ricos á los pobres, y el segundo en hacer pobres á los ricos. Este espíritu empobrece á los ricos cuando permitiéndoles poseer sus bienes, hace que se desprendan de ellos en su corazon; y enriquece á los pobres, cuando habiendo estos renunciado de todos sus bienes, les descubre el secreto de hallar todas sus ventajas en esta renuncia. Asi nos lo enseña Salomon en los proverbios. Hemos visto estos milagros en los siglos pasados, y Dios por su bondad se digna continuarlos en el nuestro. Vimos en la ley antigua pobres en la abundancia. Tales eran entre otros Abraham, Job y Josef; y en la ley nueva hemos visto hombres extraordinarios, que habiendo renunciado de todo, eran ri-

cos no obstante. Tales eran los Paulos, los Antonios, los Hilariones, los Franciscos. El primero de estos milagros comprehende como obligacion indispensable á los ricos del siglo; y el segundo es una recompensa infalible de la pobreza religiosa y evangélica. *Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* Mas vale lo poco al justo, dice David, que las muchas riquezas á los pecadores. Los ricos padecieron necesidad, y tuvieron hambre, dice en otro lugar, mas ningun otro bien faltará á los que buscan al Señor. Es fiel en sus palabras; y si buscamos su reino y su justicia, todo lo demas corre por su cuenta. Considerad, nos dice, á las aves del cielo, y lirios de los campos, no siembran, no encierran en sus troxes, y vuestro Padre celestial las nutre: no trabajan, no hilan, y Salomon en toda su gloria no se vistió jamas como ellos.

Amad pues, hermanos míos, á la santa pobreza, que tantas y tan sólidas ventajas trae al religioso. Nuestro

seráfico padre la miró siempre como patrimonio suyo, y nos la dexó por herencia. Llamábala frecuentemente mi señora, y la recomendaba de ordinario á sus hijos. Guardaos de robar como Raquel los ídolos de Laban, atribuyéndoos alguna propiedad de los bienes temporales que el mundo adora. Guardaos de ocultar como Achan el anatema de Jericó, aplicando á vuestro uso algo de la comunidad. Guardaos de mentir al Espíritu Santo como Ananías y Safira, para no incurrir en su desgracia. Nosotros luchamos continuamente con nuestro adversario, que está desnudo; es necesario pues desnudarnos de todo lo terreno para poderle resistir. Pongamos en fin toda nuestra confianza en Dios, para poseer el tesoro indefectible del cielo; porque ¿qué podrán aprovecharnos todas las riquezas del mundo, si nuestra alma padece detrimento violando efectiva ó afectivamente el voto de la pobreza?

Pero aun nada hemos dicho de nuestra tercera obligacion, anexa al augusto carácter del sacerdocio. Aqui debia empezar mi exhortacion, y yo me extenderia gustosamente sobre esta materia tan importante; si no temiese cansar vuestra atencion. Baste decir, que siendo el sacerdocio, como se explica san Ignacio mártir, lo mas alto y excelente de todos los bienes que Dios ha puesto en los hombres; excelencia y dignidad tan alta, como dice el Nacianceno, que hasta los ángeles del cielo la veneran y honran, crecen á proporcion las obligaciones que nos impone, conforme á la sentencia de san Gregorio el Magno, y el terrible juicio que nos espera. Dios nos ha colocado en su iglesia como dispensadores de sus misterios, como sacrificadores del Cordero divino á favor de sus hijos, como lámparas inextinguibles, que debemos iluminar su casa con su doctrina y nuestro exemplo, como sal de la tierra para sazonar las cos-

tumbres de nuestros hermanos, y preservarlos de la corrupcion del siglo; como pastores de su rebaño para conducirle, apacentarle y defenderle de los lobos; como médicos para curar sus enfermedades; como doctores para desterrar su ignorancia, y conducirlos por las sendas de la salud; como jueces para reprehenderlos y corregirlos. ¿Qué mas? Nos ha revestido de su autoridad para que los reconciliemos con el Señor de la Magestad, absolviéndolos de sus crímenes; nos ha hecho dioses sobre la tierra, para que representemos la Persona y derechos de su adorable Hijo. Atendamos pues á nuestra dignidad, y no vituperemos nuestro ministerio. Un sacerdote, como se explica S. Dionisio, debe ser un varon divino, excelentísimo y sabio en todo género de ciencia sagrada; debe abundar en doctrina sana, como dice el apóstol, para poder redargüir y rebatir á los que la contradicen. Somos el espejo de los pueblos, de los ánge-

les y de los hombres; evitemos pues toda mancha que pueda ofender sus ojos. Si el doctor yerra, ¿qué otro doctor le enmendará? Si los que han de edificar sirven de escándalo y tropiezo, ¿cuál será nuestra suerte en el tremendo juicio? Si la luz del mundo se convierte en tinieblas, ¿qué será de las tinieblas mismas? Si la sal se infatúa, ¿qué cosa preservará de corrupción? Si los pastores se convierten en lobos, ¿quién defenderá el rebaño? Miramos, repito, nuestra altísima dignidad, y estudiemos el desempeño de sus estrechas obligaciones, como conviene á cristianos, á religiosos, y á sacerdotes. Sea notoria á todos nuestra modestia, nuestra obediencia á las leyes divinas y humanas, nuestra humildad, nuestro amor á Dios, y caridad con nuestros hermanos, nuestro celo por la salud de las almas, nuestra pobreza de espíritu, nuestra pureza, y nuestra solicitud por ganar almas para Dios con obras y palabras. De es-

ta suerte harémos cierta nuestra elección y vocacion, y jamás pecarémos. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

TABLA

De los sermones contenidos en este tomo cuarto.

Sermon de S. Matías.	Pág. 5.
Sermon de Via Sacra.	28.
Sermon de nuestra Señora de las Lágrimas.	51.
Sermon de la Natividad de María santísima.	72.
Sermon de N. S. P. S. Francisco en accion de gracias con moti- vo del capítulo provincial.	100.
Sermon del Miércoles de ceniza.	130.
Exhortacion al venerable Orden Tercero en ocasion de capítulo.	153.
Sermon de S. Sebastian.	166.
Sermon de Misa nueva.	189.
Exhortacion <i>ad Fratres</i> para cer- rar un superior la visita.	215.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA ALFONSO BARRAGÁN

ROLLE 67 MICROFILMADO 10/5/83

